

BATALLA EN MEDINA DE RIOSECO- PRIMERA PARTE<sup>1</sup>

A las cinco de la mañana todavía es de noche. Los soldados de los ejércitos de Castilla y Galicia miran ansiosamente la oscuridad esperando situarse y saber que les rodea. Parece como si hubiera luz y algunos se conforman con contemplar la silueta del vecino del que todavía no distinguen las facciones. Hay un silencio que solo rompen algunos sonidos metálicos de las armas. Casi nadie habla, o cuando lo hace, es mediante susurros. Julián Medina ha repuesto parte de las fuerzas que había perdido al regresar con su regimiento de Voluntarios de Navarra. Come los frutos secos que tiene en la mochila junto con varios trozos de pan, no ha bebido mucha agua porque le han dicho que debe ahorrar toda la que pueda antes de entrar en combate. No han tenido tiempo para preparar comida, pero cada uno ha podido recibir una barra de pan gracias a los que se ocupan de cocinar. Estas barras las habían conseguido al llegar a Medina de Rioseco. Circulan varias historias entre los componentes del regimiento sobre los procedimientos utilizados para hacerse con la comida, todas ellas divertidas, sobre la picaresca o el engaño. Durante los escasos días de marcha ha podido hacer algo de amistad con dos de los veteranos que le consideran un joven que han adoptado y de los cuales ha aprendido varios trucos, como por ejemplo, conseguir alimentos, vino y algunas argucias de supervivencia. Pero Julián sabe que son consejos de pícaros y su utilidad parece dudosa. Con todo, aquellos hombres siguen siendo completamente herméticos cuando se menciona el asesinato del general Filangieri. La encuesta efectuada por Martinengo a instancias de Blake no ha dado resultados, sobre todo porque aquél no parece haber puesto demasiado entusiasmo, como si temiera más que un motín, la repentina deserción de soldados de ese batallón. Uno de esos veteranos, un gallego, que responde al nombre de Santiaguíño es el más accesible, pero guarda siempre sus confidencias como si se tratase de dinero, de mucho dinero, aunque por otra parte, Julián reconoce que ha contribuido a hacerle la nueva vida más soportable.

El general Cuesta se ha resignado por fin a que Blake no acuda a la entrevista y decide salir de Medina de Rioseco acompañado por los oficiales de su Estado Mayor. No irá a un encuentro con Blake aunque de eso dependa la suerte de la batalla. Cree que éste tiene que buscarle antes de desplegar sus unidades. Están cerca físicamente, pero todos, no solo los dos generales en jefe, sino incluso los oficiales sienten que una gran distancia les separa. Esa distancia les llegará a envenenar. Cuesta cuenta con la Cuarta División de Galicia. Solo falta muy poco tiempo para que empiece a haber algo de luz. Entre sus oficiales se encuentra Dyer que ha sido invitado a que presencie los acontecimientos en un lugar preferente. El coronel

británico se sitúa al lado de Zayas que tiene, a su vez, la orden de evitar que corra cualquier riesgo.

Han pasado varios minutos y los hombres ya distinguen al soldado más cercano sin dificultad.

Cuesta reflexiona. Ahora que tiene más infantería que Blake, éste debe creerse con el derecho de no acudir a verle para elaborar el plan de batalla. Cuesta ha escogido un terreno en un nivel inferior a las fuerzas de Blake, pero éstas no se pueden ver porque hay un gran espacio entre ambos ejércitos, como si este espacio fuera el mismo abismo personal que hay entre los dos generales. Podría ser una sima entre dos montañas con paredes verticales. El documento de la Junta de Galicia cuyo fin es envenenar las relaciones de ambos jefes hace su efecto al principio de la batalla.

La luz, que en principio tenía un tono grisáceo, se transforma con rapidez en el amanecer de un nuevo día en el ardiente verano castellano.

Dyer montado en un caballo que le han proporcionado hace poco se ha situado detrás de Cuesta, pero luego se aproxima a Zayas con cuidado para no romper el silencio. Cuando Cuesta comenta algo con alguno de los ayudantes aprovecha ese dialogo para preguntarle al jefe del Estado Mayor.

-Contaremos con una División de Blake. Completa. ¿No es así?

-Efectivamente supone tantos hombres como todo nuestro ejército. Duplicaremos los soldados y reforzaremos la artillería con cinco cañones- contesta Zayas que temía la pregunta capital que no tarda en llegar.

El coronel británico tiene la rara cualidad de proporcionar a su colega español una sensación de tranquilidad y esto le permite plantear los temas más delicados como si no tuvieran importancia, así que cuando llegaba la respuesta, la forma de recibirla era siempre la de una amable suavidad revestida de una calma total.

-Sorry, disculpe mi extraña preocupación, pero el ejército de Galicia es a la izquierda, no a la vista de mis ojos, las dos fuerzas no son en contacto. ¿Hay mucho espacio entre nosotros y ese ejército? ¿Por qué no somos al lado? Meet with Blake's Army- pregunta Dyer con un tono de ingenuidad mezclando idiomas que a Zayas le resulta un poco extraño. ¿Eran los nervios?

-Parece - se corrige Zayas - creemos, que el ejército francés viene por el camino de Palacios, directamente, pero si nos rodea, seguirá el que lleva a Valladolid. No se pueden cubrir

ambos lados con los soldados que tenemos. Espero que, cuando sepamos con seguridad, cuál será su objetivo de ataque, ambos ejércitos se unirán. Por ahora, todos son suposiciones.

-Bien, esperemos que los dos ejércitos tengan tiempo de unirse, y evitar que la caballería francesa entre por este espacio - suspira Dyer.

Zayas prefiere no mirarle y se limita a buscar con su catalejo el horizonte donde está el pueblo de Palacios para ver si hay algo que se mueve. Baja el catalejo. Nada, todo está tranquilo.

En Palacios de Campos el mariscal Bessières se ha situado en el camino de tierra que, rodeando la iglesia, se dirige a Medina de Rioseco, para contemplar el avance de sus hombres. Aunque tiene el sol a su espalda no distingue nada en el catalejo cuando lo enfoca hacia las colinas que hay delante de la ciudad. La llegada de un oficial le saca de su contemplación.

-Mariscal han aparecido los cuerpos de los componentes de la patrulla que faltaba.

Bessières comprueba que el gesto del oficial es sombrío pero no pregunta. Sospecha que algo terrible ha ocurrido.

-Los cuerpos demuestran que estos hombres han sido salvajemente torturados. Los hemos traído. Es horrible. Alguno todavía vive.

-Vamos a donde están- es la única respuesta.

Como Palacios es un pueblo muy pequeño han dejado los cuerpos de aquellos hombres en el borde del camino que conduce a Palencia. Los soldados que transitan se detienen un momento su paso para contemplarlos.

Después de una rápida ojeada la cara de Bessières toma un color parecido a la ceniza, aprieta los dientes y volviéndose hacia su jefe de Estado Mayor, Guilleminot, da una orden:

-Que todo el ejército pase delante de estos cuerpos para que vean lo que les espera si caen prisioneros de los españoles.<sup>2</sup>

Las fuerzas que han rebasado Palacios son muy pocas y al retroceder no se mezclan con las que marchan a Rioseco. Bessières y todos los generales se han colocado en las afueras, cerca de la iglesia y todavía no han hecho ningún comentario. Lasalle, Merle y Mouton rodean a su

jefe y los otros cinco generales permanecen unos pocos pasos detrás. Todos están silenciosos, impresionados, por lo que acababan de presenciar.

Las reacciones de las unidades al contemplar los cuerpos son diferentes. Los hombres de las divisiones de Lasalle y Mouton, casi todos veteranos de las campañas de Europa, no cambian su expresión. No es una novedad para ellos. Ni siquiera los cazadores a caballo del 22º moderan el paso de los caballos al reconocer a sus compañeros. En cambio, varios soldados de la división de Merle salen de la formación más allá del borde del camino en donde sus estómagos se procuran un desahogo. Los han grabado en sus ojos.

-Esta monstruosidad no tiene perdón. No he visto nada parecido- murmura en voz baja Lasalle rompiendo el silencio, mientras mira al horizonte, pero continua antes que Bessières le mire para contestarle- No me puedo creer que lo hayan hecho los soldados del ejército español. ¿Dónde está su forma caballerosa de hacer la guerra?

-Sea quien sea el culpable, es seguro, que a partir de ahora, nos tendremos que enfrentar a un tipo de guerra diferente. Me temo que será muy sucia- es el comentario del mariscal.

Bessières se había colocado deliberadamente en aquel lugar para que sus hombres no asocien su imagen a la de la venganza. Recurrir a ésta no es su estilo, pero aquel crimen exige un castigo. Era lógico que aquellos cuerpos provoquen en sus hombres un deseo de revancha que el propio mariscal espera que se desahogue en la batalla, pero al mismo tiempo tampoco le conviene que los soldados se tomen la justicia por su mano, porque comprende que no sería fácil controlar la violencia que puede desatarse. Prefiere reflexionar sobre quién sería el autor de aquello. No le cabe en la cabeza que fueran soldados españoles y mucho menos oficiales con los que ha tenido un trato cortés tres meses antes en Burgos, tampoco los campesinos, a los que supone conscientes de que cualquier acto de ese tipo desencadenaría una revancha en sus pueblos. El ejemplo de Torquemada era elocuente y se había difundido por toda la comarca. Piensa en la hipótesis de grupos de bandoleros atacando a soldados aislados, pero en aquella región todavía no se habían encontrado individuos que hiciesen la guerra por su cuenta. No se habían creado guerrillas, así que el mariscal desecha esta idea. En otros lugares de España se tenían noticias de que se habían formado partidas que atacaban los correos, a grupos de soldados, pero no era el caso - al menos así lo cree - de Burgos y Valladolid. Respira hondo y se consuela de las consecuencias que se generarán en sus hombres, porque salvo el caso de la división de Mouton, los componentes de la de Merle son reclutas, unos novatos. Así, que no les vendría mal una dosis de sed de venganza para que entren en combate muy motivados.

Interrumpe las reflexiones Merle.

-Están pasando los últimos hombres. La caballería se estará aproximando a Medina.

-De acuerdo. Vamos- contesta Bessières espoleando el caballo.

Desde Palacios hasta Medina de Rioseco hay, aproximadamente, ocho kilómetros. Demasiada distancia como para que las avanzadillas del ejército español comiencen a distinguir las nubes de polvo que el ejército francés provocará en su desplazamiento. Pero estas avanzadillas tiene, además, el sol de frente y no es fácil detectar a contraluz nubes que se mezclan con la calina. Estos grupos adelantados se componen de soldados del Batallón de Voluntarios de Navarra que han avanzado entre doscientos y trescientos metros más allá de la línea española, rodeando una especie de mogote, conocido como Moclín, que destaca en la llanura que se extiende delante del ejército español. Estos soldados están entrenados para neutralizar a sus oponentes franceses, los voltigeurs, cuya misión es acercarse a las líneas españolas para poner fuera de combate a los oficiales que se destacan al estar montados a caballo al lado de sus unidades. Los más novatos, entre los que se encuentra el hermano de Reyes, Julián Medina, se quedan en la primera fila presenciando como sus compañeros se confunden con la neblina que abraza el Moclín. No se percibe nada, pero el instinto animal que funciona en estos casos hace que los hombres que están al lado de Julián se muevan sin parar. Son casi las siete de la mañana y Julián sigue sin reaccionar. Siente el hombro de su compañero Santiaguíño, que de vez en cuando le roza el suyo. Mirando hacia el frente, baja un poco su chacó para ver si se distingue algo, ese algo es lo que llegará desde Palacios. Como el sol le castiga directamente en los ojos, no puede saber si el polvo que levantará el ejército enemigo se distinguirá de la calina que se forma a esa hora. Tiene que haber mucha neblina porque es verano. Lleva en ese lugar más de dos horas, sin dormir y encima 20 kilómetros de marcha nocturna desde Villanubla, muy cerca de Valladolid, donde deberían haber encontrado a los franceses. Pero no estaban, han tenido que retroceder a toda prisa hasta Rioseco. Todo un ejército apresurándose, corriendo, tropezando en una marcha angustiosa. Tres horas de agonía y prisas en las que comió unos pocos frutos secos que llevaba en la mochila y un trago de vino de la cantimplora. Una barra de pan y nada de las galletas que les daban al empezar el día. Todo el rato había estado sentado, pero como podía comenzar el enfrentamiento de un momento a otro se les orden que se pongan de pié. ¿Dónde están los malditos franceses? ¿Por qué parte llegarán?

Un sargento, informa que el ejército francés ha sorprendido a unos jinetes de Guardias de Corps que dormían en Palacios y solo uno pudo escapar para dar la alarma. Julián Medina se irrita. ¡Pero si les habían dicho que los encontrarían cerca de Valladolid! ¿Otra falsa historia?

¿Qué mandos tienen que dudan donde tendrá lugar la batalla? Repasa rápidamente lo que deberá hacer. Efectuar movimientos automáticos. No pensar. Actuar a la voz de mando del oficial, cuando les digan que carguen el mosquete y disparen. Pero para cargar el mosquete había que llevar a cabo nada menos que veintisiete movimientos diferentes, movimientos que se había demostrado que eran inútiles cuando se les grita las ordenes: con la mano derecha sacar el cartucho, morderlo para sacar la bala esférica, verter un poco de pólvora por el cañón pero guardando algo, sostener la baqueta y el cañón con la mano izquierda, escupir la bala, con la baqueta presionar desde arriba, abrir la cazoleta, echar el resto de la pólvora en ella tirando hacia atrás el pedernal, colocar la baqueta. ¡Demasiado! ¡Maldita sea, demasiado! Era imposible. Algo se olvidará. Y eso que es estudiante. Que sabe leer y escribir y no como casi todos sus compañeros que son analfabetos. Pero solo deben disparar cuando el oficial lo ordene y además este disparo tiene que cuando el enemigo llegue muy cerca. Les han insistido que el mejor momento es cuando vean el color de los ojos de los franceses. Hay que esperar hasta 80 metros o menos. Demasiado cerca. Sobre todo cuando los franceses lleguen en formación de columna, al paso, o más bien, con el ruido de sus tambores y gritando metódicamente <<<<Vive l'Empereur>>. Les han advertido que el ruido de los tambores es para impresionar, para asustar, lo mismo que los gritos. Si se aguanta hasta ese momento - les han dicho una y otra vez - quizá podrá sobrevivir. Sobrevivir esa es la clave.

Varios días antes en un entrenamiento para los pocos novatos del batallón, el sargento les dijo: Si hacéis más de dos disparos por minuto, viviréis, si no, al llegar la noche estaréis todos muertos << Muertos. ¿Para qué? ¿Por el rey Fernando que está en Bayona? ¿Por el orgullo de que les impusieran otro rey? Qué más daba. Ahora no le importa nada. A diferencia de otras unidades, los novatos de Voluntarios de Navarra han hecho en las dos semanas anteriores varios ejercicios para comprobar la velocidad de carga y disparo de los mosquetes. Solo un recluta consiguió los cuatro disparos por minuto y casi se desmaya. Hacer ejercicios de tiro después de una marcha de treinta kilómetros era poco menos que una locura, cuando lo prioritario era tumbarse y olvidarse de todo. Pero el instinto de estudiante le decía que si aprovechaba las lecciones podría salir del trance. Bien, él había conseguido tres disparos por minuto, suficiente para subsistir, pero si sus compañeros no llegaban a eso, dudaba que saliera vivo. Recordó la frase ritual durante la instrucción: <<Cuando llegue la columna francesa deberán esperar en su puesto atentos a las voces de mando. No aprieten el gatillo más que cuando se les ordene. Si no consiguen disparar a la vez y mantener su lugar, la columna avanzará y golpeará la fila española como un martillo sobre el vidrio. Todo depende de vosotros. Si se mantiene el orden, caerá la primera fila de columna o la segunda, pero si se conserva el ritmo de las descargas, las primeras filas de la columna vacilarán y acabarán retrocediendo>>. <<Como un martillo sobre el vidrio>> se repitió. Gira la vista a la izquierda y

observa al capitán que les manda, subido en su caballo como todos los oficiales, acababa de encender un cigarro.

Un soldado de la posición más adelantada ha visto como entre el horizonte que oculta Palacios surge en el camino, de improviso, el perfil difuso de un jinete, luego otro, otro más y a su lado, muy pequeñas, otras figuras que se mueven corriendo. Estas figuras, cuyas siluetas están deformadas por la luz que se combina con el polvo empiezan a multiplicarse con rapidez. No hay duda es la vanguardia francesa. El jefe de los Voluntarios de Navarra, el brigadier Mendizábal, se ha desplazado hasta la avanzadilla más adelantada y comprueba que se acercan. Hace una señal al soldado que tiene al lado, éste levanta el mosquete, pero sin apoyarlo en el hombro espera a que alguna de aquellas siluetas se acerque y se ponga a tiro. El compañero que está a su lado no ha levantado mosquete. Espera cubrirle si falla el primer tiro. Repartidos en grupos de dos hombres, los veteranos del batallón de Voluntarios de Navarra deberán retrasar el primer avance de los franceses actuando como infantería ligera. Pero no es una misión fácil, sus contrarios llegan a ser 140 voltigeurs por cada batallón y en este caso, cuatro grupos, que corren y avanzan sin aparente precaución. Les acompañan varios jinetes. Un primer disparo del mosquete no consigue derribar al jinete que se ha aproximado. El silencio de la mañana se ha roto. Blake mira su reloj: algo más de la siete treinta. Poco a poco, el ruido de los disparos se hace más frecuente y al soldado de antes, le parece ver que caen dos jinetes, pero al mismo tiempo los voltigeurs han abierto fuego sobre él y su compañero. Ambos deciden retirarse, pero en la primera parada, el que cubre al que ha hecho el primer disparo decide utilizar el mosquete. El brigadier se apresura a unirse con el resto del batallón. El superior número de jinetes y voltigeurs impone una prudente retirada a las líneas españolas. En esta primera escaramuza de los dos ejércitos se pone en evidencia la inferioridad orgánica del español que solo destinaba como tiradores avanzados a un número de soldados bastante menor al francés, pero los de éste, además, estaban mandados por sus oficiales y suboficiales que, por contraste, eran inexistentes en la orgánica española. En el caso español, esta falta de oficiales hacía que los soldados, ante la falta de órdenes, se retiraran tras uno, o, en todo caso, después de hacer unos pocos disparos.<sup>3</sup> No era normal que su jefe, en este caso Mendizábal, se encontrara en las avanzadillas, pero éste había ido para vigilar la retirada de sus hombres. Al no existir una verdadera pantalla de tiradores para contenerles, los voltigeurs prosiguen su avance, intercambiando disparos, hasta que divisan las líneas del ejército español perfiladas en el páramo de Valdecuevas. Al rebasar los franceses el cerro del Moclín la artillería española que está situada en los flancos de la vanguardia abre fuego y detiene el avance de los tiradores franceses.

Los españoles han chocado con los infantes de la brigada del general Sabatier que pertenece a la columna central de Lasalle. La otra brigada de esta división se compone de los

Cazadores a Caballo sobre los que Lasalle ha tenido mando directo en las campañas de Europa. Algunos de estos jinetes acompañan a los voltigeurs en su tanteo con el enemigo, ya que su alzada les permite tener una buena vista del enemigo aunque les haga más vulnerables a los soldados camuflados en el terreno que, aprovechando una roca, un murete u otra irregularidad del terreno les disparan. Como el alcance de estos mosquetes es bastante reducido, los tiradores españoles hacen pocos disparos antes de acogerse a la protección de la artillería. El propio Sabatier manda traer su artillería para responder el fuego a unos 450 metros de la línea española, pero el alcance de las piezas francesas de cuatro libras es inferior a las de su oponente que, además, estaban a una mayor altura. Como consecuencia, varias granadas desmontan los cañones franceses. Sabatier no está muy seguro si ha conectado con la línea principal española porque no tiene una visión clara del páramo de Valdecuevas, así que hace un recorrido a caballo a cierta distancia, desde el lugar donde han disparado los tiradores españoles, intentando inspeccionar la posición de los enemigos para estimar el número de los que se han situado en ese páramo.

Ante el ruido de la primera escaramuza, Bessières se aproxima rápidamente a la vanguardia para tener también su propia idea del despliegue español.

-¡Ya los tenemos Charles!- le grita a Lasalle que le acompaña para evaluar la posición española.

El mariscal se desplaza al trote delante del páramo, lo rodea rápidamente para descubrir al fondo a la derecha otro núcleo importante de adversarios. Se trata del ejército de Cuesta apostado en la llanura que hay enfrente a Rioseco y a dos kilómetros de su colega Blake. El catalejo no le dice a Bessières si estas dos fuerzas se han unido pero su instinto le susurra que están separadas. Por lo menos la información que se consiguió lo sugiere. Pero necesita confirmarlo. Si fuera así, sus contrarios le ponen en bandeja el sueño, el gran sueño, de cualquier jefe de un ejército: dividir a enemigo en dos y acabar de separadamente con cada una de las partes. Eso suponiendo que estas dos partes permanezcan inmóviles y no se junten. Para ello hay que saber con precisión donde empiezan y donde acaban las posiciones de los dos núcleos que tiene enfrente. El de la izquierda ocupa la meseta, pero al rodearlo, el mariscal comprueba con su catalejo que está bien asentado, de forma que no tiene un flanco al descubierto para que cargue la caballería. Ésta deberá ascender a la meseta y la subida no parece fácil. Será necesario ablandarlo para cuando llegue la ocasión. El núcleo de la derecha parece menos numeroso, pero dispone de caballería, por lo tanto, si ataca al de la meseta con sus jinetes puede ser cogido de flanco. Se detiene un momento para pensar. Como ambos permanecen sin moverse decide atacarlos simultáneamente para que no se unan. Destruir a uno y luego al otro. Hay que esperar a que la caballería encuentre el momento preciso. Decide tantear al ejército que



tiene enfrente para saber su reacción. Si no se mueve, es que sigue una táctica defensiva y, como consecuencia, hay que buscar un punto débil. Si se mueve, en algún ataque frontal o lateral, sabe que tiene una caballería que supera en número y en calidad a su oponente española. Le vuelve a la cabeza la frase de la carta de Berthier <<aprovechaos bien de vuestra superioridad en caballería...>> Cómo no se va aprovechar si los Cazadores a Caballo de la división de Lasalle son los veteranos de Jena, Eylau y Frieland. Lo mejor, la élite. Bessières comienza a entusiasmarse, porque ha tomado una decisión. Retrocede hacia la columna central de su ejército y llama a Merle.

-Diríjase con la división por el camino que rodea la vega para flanquear las fuerzas enemigas que están en esa meseta. Si hace falta llegue hasta la misma villa de Rioseco. Tantee como pueda la línea española e informe de su longitud. Quiero saber hasta dónde llega.

Luego ordena a Mouton.

-Como ha podido observar hay un segundo núcleo enemigo, cerca de Medina, en la llanura. Se trata de confirmar si está en contacto con la fuerza que vemos en ese páramo. A mi parece que no. Si esto es así, impida que se una a las tropas que hay en esa meseta. Entreténgalos hasta que dé nuevas órdenes.

Mouton sonrío.

-Esos españoles no se moverán de donde están.

A este general no le importa dirigirse hacia esa fuerza con su brigada Reynaud, la <<División Infernal>>, los veteranos de Ulm y Frieland. Además lleva también un regimiento provisional de caballería pesada para neutralizar la amenaza de la rival. Es cierto que este regimiento es de solo 140 hombres, una mezcla curiosa de coraceros y carabineros pero suficiente para impresionar a la posible caballería enemiga si ésta percibe el reflejo del sol en las corazas. Además, a poca distancia estará Bessières con la columna principal que lleva en reserva tres escuadrones. Estos son una pintoresca mezcla de polacos, Dragones y Cazadores, pero suficientes para apoyar una carga que fracase. Mouton se dirigirá con casi tres mil hombres contra el ala izquierda del ejército español. Contra Cuesta. Debe adoptar una actitud pasiva delante de ese segundo núcleo, y eso le desagrada, pero tiene la experiencia de que en ocasiones hay que saber contenerse para luego atacar.

Bessières ordena a Lasalle:

-Que dos escuadrones de cazadores apoyen a Mouton. En esa llanura es seguro que la caballería española le cargará.

Ante el gesto de incredulidad de su interlocutor, que espera que la <<División Infernal>> se enfrente a los españoles con sus propios jinetes. El mariscal insiste:

-Haz lo te digo. Dame un poco de tiempo hasta que llegue el momento en que tengas que intervenir. Ten un poco de paciencia.

De mala gana Lasalle envía la orden a los dos escuadrones.

Merle, en cambio, no cuenta con la posible ayuda de caballería, porque en el tanteo solo puede utilizar las brigadas de infantería de sus generales d'Armagnac y Ducos. En total cuatros regimientos, uno de ellos compuesto de suizos. Algo más de cuatro mil hombres. Pero aunque son bastantes, debe tantear la línea española desde una posición más baja y, lo que es más desagradable, sus hombres son bisoños, que aunque impresionados por lo que acaban de contemplar en Palacios y ardiendo en deseos de venganza - esto es un pensamiento de Merle, que imagina que debe actuar como acicate, aunque no está totalmente seguro de ello - decide enviar a sus voltigeurs más experimentados delante de la meseta para calcular la longitud de la línea española. El general español que está allá arriba deberá sentir la amenaza en su ala derecha cuando perciba la columna que se mueve por el camino que rodea el páramo hacia Rioseco.

El mariscal se sitúa en lo alto del cerro de San Cristóbal, unos cuatrocientos metros detrás del Moclín, donde espera los resultados, asistido por Guillemintot y sus oficiales de Estado Mayor entre los que se encuentra Baudus. Para dejar entretenidas a las unidades españolas que hay delante, manda traer los cañones de la división de Lasalle, los de Merle y cuatro de la División de Reserva, unas 20 piezas, para que incordien la línea española desde el pie del cerro.

Lasalle no pierde el tiempo. Sus Cazadores a Caballo comienzan a moverse delante de las líneas españolas para fijar posiciones, explorando el terreno, incluso el tipo de suelo. Lo que ven no les gusta. El paramo de Valdecuevas es la parte superior de una amplia colina rodada de bancales de difícil acceso tanto para caballos como para hombres. Todo el terreno ocupado por ambos contendientes, ha sido dedicado a cereal que ya ha sido recogido. El suelo es de un tipo calcáreo, de color gris blanquecino, pulverizado por los arados y dividido por multitud de muretes de piedra de un metro de altura, que sirviendo para dividir las propiedades, pueden actuar como un obstáculo para los escuadrones de caballería que carguen.<sup>4</sup> La carga tiene que ser en orden abierto y cuidando de que los caballos salten esos muretes sin grandes problemas. Pero al mismo tiempo, los muretes pueden servir a los soldados de infantería como parapetos. Lasalle tuerce el gesto y piensa cómo debe superar ese problema cuando encabece la carga que está deseando llevar a cabo. Ha dado una vuelta para comprobar personalmente lo que sus

Cazadores le han dicho sobre el terreno. Se coloca al lado del mariscal y saca la pipa de su boca dos veces en un involuntario gesto de preocupación:

-Estoy de acuerdo en esperar el momento. Con este terreno la carga no será fácil.

Bessières le mira pero no hace comentario alguno. Observa el duelo de las dos artillerías.

Cuesta y sus oficiales escuchan el fragor del combate que se desarrolla a su izquierda. Observan el humo que provoca la artillería y oyen las descargas de los numerosos mosquetes detrás de las pequeñas colinas que rodean el páramo. Los soldados se agitan nerviosos. Llevan allí tres horas, dos con luz solar, pero eso no es un remedio. Muchos beben vino de sus cantimploras y comen lo que han podido conseguir el día anterior en Rioseco. Eso aplaca el nerviosismo de algunos. Cada batallón está desplegado en columna. El ejército se forma en dos líneas principales con los dos escuadrones de caballería que le quedan, Carabineros Reales y Guardias de Corps en su flanco izquierdo.

Detrás de estas líneas, el general rodeado de los siete oficiales de Estado Mayor, Zayas, Eguía, Nieto, Rodríguez y Campo, Lardizábal, Vázquez y Datoli, espera noticias de lo que está sucediendo a su derecha. Casi dos kilómetros separan a ambos ejércitos. A medida que pasa el tiempo Cuesta empieza a sentir un malestar que, en principio, atribuye a no haber comido desde hace varias horas. Lo achaca a la maldita precipitación, a las condenadas prisas. Se acuerda ahora que al salir de la casa donde estaba su alojamiento, en la calle Palmeros, una mujer le miraba fijamente. El hizo lo mismo, solo un instante, y se volvió para caminar, pero una extraña inquietud le hizo volverse. Aquella mujer, de mediana edad, llevaba una toquilla negra sobre la que resaltaba un collar doble de cuentas verdes, hizo un gesto raro con la mano izquierda y desapareció en un soportal. ¿Era la causa del malestar? Cuesta no era hombre supersticioso pero le pareció muy raro que un recuerdo tan fugaz acuda a su mente. Por un momento, otro relámpago, esta vez de culpabilidad, pasa por su mente. Este relámpago se detiene, le interpela y le obliga a mantener una conversación consigo mismo. ¿Debería haber colocado su ejército al lado del de Blake aunque éste no le informase de su intención de desplegarse en el paramo? Pero si lo hubiese hecho así ¿Quién era el que daría las órdenes en ambos ejércitos? ¿Quién mandaría? ¿Es que debería estar negociando cada disposición con su colega? Eso no era posible. Sabía, por experiencia, que durante una batalla las decisiones del general en jefe son instantáneas, más aún, fulminantes, porque si no fuera así, todo está perdido. Se consoló, en parte, solo en parte, de que había habido una cierta colaboración cuando Blake le cede la 4ª División, la de Portago, que sigue en el páramo a su disposición y, a cambio, él le ha enviado

dos escuadrones de caballería. Pero no había que engañarse. Eso no era nada. Pensó que si perdiese la batalla y un Tribunal Militar analizase las causas, lo tendría muy complicado. Se imaginó la escena. Un juez preguntando: << ¿Por qué razón no subió su ejército al paramo de Valdecuevas para unirse, con el del general Blake.? Responda sin rodeos y sin lecciones de táctica que no necesitamos>> <<Maldito, - se contestó- este juez no sabe nada>>. Pero luego pensó que el juez sería más joven que él y no se atrevería a sostener su mirada cuando le contestara. Eso seguro. Además había una respuesta para ese malnacido juez. Su ejército tenía la caballería, bueno, casi toda, el de Blake, no. Aunque, sus otras unidades eran todas de reclutas, su caballería estaba compuesta por jinetes experimentados, y lógicamente, en la llanura, era donde esta caballería tenía más posibilidades de operar. En la meseta del páramo no tenía esas oportunidades. En la llanura los caballos necesitan un amplio espacio para las cargas. En el páramo no podrían hacerlo con la pendiente, los bancales y los muretes. ¿Cómo se podría iniciar una carga cuesta abajo, saltando muretes, y rodeando bancales? Un pensamiento que le ilumina la cabeza, le hace sentirse un poco más seguro: podría hacer cargar a sus dos escuadrones sobre el flanco francés si éste avanza hacia el interior del páramo. Está claro. Así, de esta forma salvaría al incompetente de Blake si empezase a ser derrotado.<sup>5</sup> Una oportunidad de oro. Se acabarían los escritos venenosos de la Junta de Galicia. Sus miembros no son nadie, unos miserables que solo se representan a sí mismos. ¿Cómo es posible que le quieran dar lecciones de patriotismo, personas que no han sido elegidas por el pueblo, ni por el rey? Este último juicio le provoca un ramalazo de cólera que aplaca apretando las riendas del caballo. De repente, comprende que Zayas ha aguantado mucho en las dos entrevistas que tuvo en Coruña. Se vuelve y le mira. Zayas está detrás acompañado por Dyer. Ambos hablan mientras miran, de vez en cuando, hacia el horizonte con sus catalejos. El hecho de que el coronel británico esté al lado de su jefe de Estado Mayor, se debe a que ha encargado a éste que cuide del británico. Podría ocurrir que Dyer cayera en la tentación de acompañar a los jinetes en una gloriosa carga y solo faltaba que, por una locura, muriera en la batalla un observador del país aliado. No habría explicaciones para ese incidente y eso sería peor que otro juicio militar cuando se investigaran las causas. Menudo escándalo se crearía en el Reino Unido. Decide salir de sus reflexiones llamando a Zayas.

-José, quiero que un oficial haga de enlace. Que ascienda al páramo cada quince minutos para que informe de lo que sucede.

-Mi general, eso ya se ha hecho. Estoy esperando las últimas noticias- Hace una pausa- Como usted sabe los franceses están delante de las filas del ejército de Galicia sin atacar. Solo hay un intercambio de disparos entre las artillerías. La nuestra ha desmontado varios cañones.

Se interrumpe porque llega el oficial que esperaba, el propio Rivas, que se acerca presuroso hacia su jefe. Solo le habla unos segundos.

Zayas informa a Cuesta.

-Mi general, hay una tropa importante que se dirige hacia nosotros. Aparecerá en cualquier momento.

Luego hace un aparte con Rivas haciendo retroceder su caballo.

-¿Cómo están las cosas en el páramo?

-Las unidades de la vanguardia y del flanco derecho han rechazado a las columnas francesas cargando a la bayoneta. La moral de estos soldados está muy alta. Pero el grueso de la caballería francesa permanece a la expectativa. Al venir aquí he visto varios jinetes que inspeccionan el hueco que hay entre los dos ejércitos, pero el grueso que avanza hacia nosotros es importante. Vienen con mucha caballería.

Rivas saca un pañuelo de un bolsillo y lo pasa por la cara. Achaca el sudor a la excitación y a la prisa por traer la noticia. Dentro de un rato tendría que repetir el mismo desplazamiento.

Zayas piensa que hay una relación entre lo que han observado media hora antes, cuando todos los oficiales del Estado Mayor habían avistado a varios jinetes que, tras evolucionar a lo lejos, han desaparecido. Era evidente que exploraban la posición y, seguro, que volverían a aparecer. Los soldados también los han visto. Un movimiento de nerviosismo aparece en las primeras filas del ejército de Castilla. La visión de aquellos jinetes ha provocado un murmullo que recorre las columnas de los batallones. Estos se agitan unos momentos. Para tranquilizar a los reclutas, los mandos subalternos ordenan que se corrijan las alineaciones, haciendo que cada soldado permanezca en su sitio, pero dejando que coman o beban lo que tienen en sus mochilas, mientras se oye el rugir de la artillería detrás de las colinas que hay a la derecha.

El vicario general ha pasado delante de cada batallón poco después de que la luz difusa del amanecer permitiera distinguir las personas, musitando una plegaria que es acogida con el breve rezo de varios hombres. Delante de Zayas hace un gesto que no resulta tan claro, como, para saber, si se trata de un síntoma de consuelo o el inicio de un perdón. Dyer, mantiene una actitud respetuosa que no pasa desapercibida al sacerdote. Aquella plegaria no es una absolución general, pero algunos soldados lo interpretan así ya que se arrodillan unos momentos sintiéndose aliviados.

-Al menos –piensa Zayas - algunos, se han reconfortado espiritualmente.

El británico, por su parte, cree que esa ceremonia no está mal. En su ejército se habrían dado a los hombres unos tragos de ron para subir su ánimo antes de luchar. En esa llanura, eso es innecesario, a pesar de que al amanecer hizo un poco de frío. Hacia las once, un calor infernal pondrá a prueba a los hombres. Mira hacia arriba para saber la posición del sol que ha subido un poco y oculta a Palacios en el horizonte.

Una voz, la de Lardizábal, rompe el silencio:

-¡Ya vienen. Están allí!

Blake observa desde su caballo como la artillería francesa castiga con poca fortuna el centro de sus líneas, la suya ha conseguido neutralizar varias piezas lo que ha provocado gritos de entusiasmo a favor de los artilleros situados en la vanguardia. Los disparos franceses han ocasionado pocos daños en los batallones que continúan formados en columnas, mientras los oficiales procuran cubrir los pocos claros originados por las bajas. Le inquieta el desplazamiento de la división de Merle por el camino que rodea el páramo hacia Medina de Rioseco. Esta división, al mismo tiempo que se desplaza, manda hacia las líneas españolas algunos voltigeurs que abren fuego, con pocos resultados ya que tienen que disparar hacia arriba, pero que regresan, otra vez, para seguir avanzando paralelamente con el resto de los hombres. Temiendo que le flanqueen, el jefe del ejército de Galicia manda a uno de sus ayudantes con una nota para Cuesta. Le solicita apoyo de caballería para no ser atacado en su ala derecha. Las unidades españolas todavía no han hecho una descarga sobre los franceses, estos permanecen a prudente distancia mientras son observados por los soldados de la primera fila que esperan una orden de hacer fuego. Orden que no llega. Mientras llega este refuerzo de caballería, Blake decide seguir el recorrido de Merle y no dejar un vacío en su derecha. Ordena al comandante de su 1ª División, Jado-Cagigal, que forma su tercera línea, que extienda a sus unidades por el borde del páramo siguiendo el avance de Merle. Esta 1ª División, en su mayor parte reclutas, se desplaza con precipitación, e incluso, algunas unidades empiezan a perder su formación. A pesar de que su posición es más ventajosa, los soldados miran con inquietud el movimiento de los franceses temiendo que les ataquen por ese lado. No pueden saber lo que ocurre porque los suboficiales les ordenan que miren al frente. No se ha efectuado un disparo que seguramente aliviaría su nerviosismo. De esta manera el ejército de Galicia se va extendiendo sobre el terreno que ocupa. La vibración de un numeroso grupo de caballos que proviene del suelo, como un pequeño temblor, despierta la alarma, pero varios oficiales gritan desde sus caballos al mirar a la izquierda:

-Tranquilos es nuestra caballería que ha llegado. Están a nuestra derecha.

Para luego insistir:

-Recuperen la formación. Rápido, más rápido.

Cuesta ha respondido de inmediato. Ha enviado los dos escuadrones del Regimiento de la Reina. Son trescientos jinetes, más de la mitad de la caballería del ejército de Castilla. Los hombres de la 1ª División se sienten seguros al ver que se ha cubierto su flanco derecho.

Blake se ha percatado que varios oficiales franceses se han situado delante de sus líneas para tantear e inspeccionar las unidades. Cerca del cerro de San Cristóbal ha podido ver con su catalejo como estos oficiales vestidos con sus uniformes de gala - supone que son generales - evolucionan con sus caballos alrededor de un jinete que debe ser su rival, Bessières. Éste se desplaza a su izquierda y reaparece en otro pequeño cerro. Siempre rodeado de jinetes, mientras otros se mueven con rapidez en varias direcciones. Llevan las órdenes del mariscal a las unidades que tiene enfrente. Como Blake ha extendido sus líneas a su izquierda se siente más tranquilo creyendo que ha cubierto su flanco derecho. Centra su atención en el centro, donde tiene lugar el duelo de la artillería.

Sabatier cree que la artillería ha castigado lo suficiente a las unidades españolas y decide subir la pendiente hacia la meseta. Ordena que sus cuatro batallones en formación de columna asciendan.

Julián Medina se encuentra en la primera fila de la vanguardia. Ha comprobado que la artillería no ha causado bajas en los soldados más próximos y al ver a estos seguros y que, además, responden a las órdenes de los oficiales se ha tranquilizado. Nota un golpe en el costado derecho y al buscar la causa observa que su compañero del lado izquierdo, Santiaguíño, mantiene un rosario entre las manos por las que pasa las cuentas con rapidez. <<Madre mía, madre mía>>. Le oye musitar. ¿Para qué llamaba a su madre? Julián ha observado que unas figuras retroceden rápidamente y de vez en cuando se arrodillan para disparar. Se trata de sus compañeros de la infantería ligera que ahora se incorporan a la formación detrás del batallón.

-Atentos- grita el oficial.

Poco a poco el acompasado ruido del tambor se hace cada vez más nítido y fuerte. De la masa de polvo surgen cuatro columnas de soldados con uniformes azules en formación cerrada. Una se dirige directamente hacia ellos. Como su posición es buena, ya que por la noche, a la luz de las antorchas, les habían situado en los bancales que dominaban la llanura se podía apreciar claramente los movimientos de los franceses. Y eso a pesar del sol. Ya llegaba el momento.

Nota que los latidos de su corazón le golpean en los oídos. Le aturden. Todavía está de pie con la culata del mosquete en el suelo. La columna se acerca y el ruido del tambor se hace cada vez más fuerte. Casi insoportable. Dentro de poco no podrá hablar con el compañero. De todas maneras no lo haría, por la fascinación que aquella maldita columna francesa le ha provocado. La línea española permanece silenciosa. << ¿Cómo es posible que aquellos soldados no salgan corriendo? ¿Estarán clavados por el espanto?>>. Doscientos metros, cien metros... Ya les veía las caras. Eran inexpresivas.

-Preparados- suena la voz del oficial.

<<Disparar solo>> - se repite - cuando pudiera ver el color de los ojos del soldado enemigo. No antes>>. Era la única forma de que una descarga fuera eficaz. Así la masa de balas siempre encontraría cuerpos. Si la distancia no era correcta las balas se perdían. El ruido del tambor ya le golpea la parte posterior de la cabeza, le parece que hay otra columna francesa detrás. No es posible. Todos se han colocado el mosquete en el hombro, pero todavía no llega la orden de hacer fuego. ¿Qué esperan? Uno de los tiradores franceses que se han adelantado a la columna se ha acercado y dispara a la fila española. No quiere mirar hacia donde llega el disparo pero piensa que algún oficial ya no estará montado en su caballo.

¿Cuándo, cuando, cuando?, ¡maldita sea! ¿Cuándo?

Entonces llega la ansiada orden:

-Primera fila, ¡Fuego!

Ya no interesa el color de los ojos del francés que hay delante. Un espantoso bramido resuena en sus oídos cuando varias decenas de mosquetes hacen fuego simultáneamente. Al fin ha apretado el gatillo. Pero no oye nada. El mosquete le golpea en el hombro como si fuera una coza de caballo. Si cada disparo ya hace un ruido infernal, muchos, llega a ser aterrador. Una nube de humo negro cubre la primera fila española.

-Primera fila, ¡Carguen!- llega la orden.

Los soldados dan mecánicamente un paso atrás para dejar su puesto a la segunda fila. Al colocarse en esta segunda fila Julián comete el primer error: mirar al campo de batalla. No hay muchos uniformes azules en el suelo. Solo unos cuantos. ¿Cómo era posible? Han disparado muy pronto. Su rival, el soldado francés, en el que se había fijado y que estaba en la primera fila, sigue allí. Ha perdido unos preciosos segundos en echar el vistazo. Se consuela pensando que otros habrán hecho lo mismo. Además, al mirar, distingue que varios soldados españoles situados en ambos lados han caído al suelo. Son muy pocos. Unas manchas rojas aumentan con



rapidez en aquellas casacas blancas. ¿Por qué se había escogido el blanco en los uniformes cuando era el color que más acentúa las heridas. <<Malditos caprichos de los colores llamativos. Solo destacaban las heridas>> Espera que su sustituto acabe con su enemigo. Saca del cinturón uno de los 30 cartuchos que les habían dado y comienza con manos temblorosas a la interminable operación de cargar el mosquete: morder, pólvora, escupir bala, etc.. Un segundo bramido resuena en sus oídos. ¿Cómo era posible que lo oyera si se había quedado sordo? No ha podido escuchar la orden de fuego de la primera fila ni la de cargar que les han gritado. El soldado que ha disparado se coloca detrás de él, en su puesto de la segunda fila. Apoya el mosquete en el hombro y espera la orden de fuego.

-Primera fila, ¡Fuego!

Al apretar el gatillo comprueba horrorizado que la baqueta sale del cañón. Con las prisas no la ha retirado. Ahora está desarmado. Su oponente francés levanta el mosquete y observa aterrado que le apuntaba. Precisamente a él. Frenéticamente aprieta otra vez el gatillo sin moverse del sitio. Otro error. La bala llegará si se queda allí. El francés dispara y él sigue apretando el gatillo, inútilmente... Hay demasiada distancia y la bala dirigida a Julián sale muy desviada.

De repente un grito de entusiasmo brota de los veteranos cuando ven que las columnas francesas vacilan e interrumpen su ascenso.

-¡Carguen a la bayoneta!

Esta nueva orden es acogida por unos hombres entusiasmados que se lanzan sobre la primera línea de las columnas francesas. Julián se une a ellos, gritando, mientras salta fuera del bancal, pero no encuentra un enemigo donde clavar su bayoneta porque las líneas francesas han retrocedido con rapidez. Algunos cuerpos, pocos, quedan en la pendiente.

Julián cree que han ganado.

-¡Hemos vencido!- grita al veterano que está a su izquierda.

-Que dices, no seas imbécil - le responde Santiaguíño -. Esto no ha hecho más que empezar.

No se molesta ni siquiera en mirarlo.

-¡Preparados! - Otra voz la voz de su oficial.

Las cuatro columnas inician otro ataque, pero esta vez, aparte del ruido del tambor, a Julián no le parece oír el grito de <<Vive L'Empereur>> que ha escuchado antes. Las fuerzas francesas solo han tenido muy pocas bajas, pero en el segundo intento, su asalto es desordenado, las columnas avanzan desunidas y las filas mezcladas.<sup>6</sup> Hay poco ímpetu e incluso se nota cierta vacilación. Al menos eso le parece a Julián. El tambor sigue tocando ya que detrás de las columnas alcanza a ver que unos soldados muy jóvenes, más bien unos muchachos, no paran de tocar el instrumento. Eso no parece impresionar a los soldados de Voluntarios de Navarra, ya que, incluso oye a su espalda el grito de <<Que vengan otra vez>> de un sargento. En esta segunda ocasión las dos primeras filas cargan a la bayoneta y las cabezas de columnas retroceden antes de llegar a un contacto físico. El conde de Maceda queda satisfecho al comprobar desde su caballo que la Vanguardia ha conseguido rechazar dos ataques frontales. ¿Realmente ha sido así? Se preguntan ahora varios oficiales de las primeras líneas.

Vuelve el tiroteo de los voltigeurs contra las líneas españolas que no causan problemas.

El tiempo pasa. Son cerca de las once de la mañana.

Blake ha presenciado cómo sus líneas han rechazado el ataque de dos divisiones. Empieza a sentirse más seguro. Respira hondo. Es posible que si aguanta, los franceses acaben cediendo ya que contempla como sus hombres gritan con la moral alta.

En Medina de Rioseco los vecinos están pendientes de la batalla que se desarrolla a poco más de un kilómetro de distancia. Cerca de los edificios que bordean el lecho seco del río Sequillo hay varios carros de suministros y transportes cuyos conductores están pendientes de lo que pasa. Estas casas están adosadas una con otra, de forma que constituyen una especie de muralla que sigue el curso del río. Precisamente detrás de donde Cuesta ha desplegado su ejército hay una gran torre de piedra con un arco que es una entrada a la ciudad. Este arco se conoce como la puerta de Ajujar. En las casas que rodean el río, muchos de los vecinos, han subido a la segunda planta para intentar contemplar algo de la batalla que se desarrolla a centenares de metros. Alguno se ha arriesgado a aproximarse en el paramo donde contempla como algunos hombres retiran heridos. Vuelve con una buena noticia: las columnas francesas han sido rechazadas. Un grito de victoria se inicia en este vecino, pasa a los conductores de carros y que se transmite a los vecinos de las ventanas. Muchos contemplan lo que pasa en el horizonte que aparece desdibujado por una densa calina que impide ver con claridad lo que sucede. De vez en cuando esta calina se disipa para dar paso a una nube de humo negro. Son las descargas de los mosquetes que llegan con un rugido sordo y atenuado. Los vecinos que están pendientes en las ventanas de la calle de Candil- una calle que empieza en la puerta de Ajujar-

informan a los de abajo lo que imaginan que ocurre. Reyes observa la batalla desde su casa de la calle Doctrina, a muy poca distancia de la de Candil. Está asomada a una de esas ventanas y respira con dificultad. Su hermano estará en la base de las negras columnas de humo que ascienden lentamente. La angustia la atenaza el cuello como si pretendiera ahogarla. Los vecinos de los pisos superiores gritan: ¡Victoria! ¡Se está ganando la batalla! Ella también lo hace. Respira mejor.

-¿Está seguro de que ganamos?- pregunta al propietario de una casa de grandes piedras amarillas que ha permitido que varias personas suban a la segunda planta y, desde unas amplias ventanas, otean ansiosamente el paisaje de la batalla.

-Pero mujer, que quiere que la diga. Veo lo mismo que usted, pero ese arriero que ha llegado corriendo, ha dicho que los franceses han sido derrotados al intentar subir al páramo. Menos mal. Dios no nos deja de su mano.

El propietario un hombre de mediana edad ha cogido a su mujer por los hombros y la aprieta ahora con energía mientras respira con fuerza. Reyes percibe el olor del sudor y comprende que este hombre estaba asustado ante la posibilidad de que los franceses entren en la ciudad, precisamente por esa puerta que está tan cerca. Ha observado que en la puerta de la casa varios hatillos dentro de un pequeño carruaje al que se ha uncido una mula.

¡Victoria! Así todos descargan la tensión. Se disparan varios cohetes y enseguida las campanas de las iglesias repican anunciando la buena nueva.<sup>7</sup> ¡Se ha ganado la batalla!

Media hora antes, delante del ejército de Castilla se van perfilando los colores de la <<División Infernal>> que marcha precedida por un numeroso grupo de voltigeurs del Cuarto Regimiento Ligero acompañados por los dos escuadrones de Cazadores a Caballo del 10º que ha cedido Lasalle. Estos escuadrones avanzan junto al borde del arroyo Sequillo, sorteando los muretes mezclados con la infantería ligera y sin mantener una formación precisa. Cuesta se da cuenta rápidamente que esa dispersión de las avanzadillas puede ser muy adecuada para que se haga una carga de caballería. Es el momento de emplear a los dos escuadrones que le quedan. Ordena cargar a los Guardias de Corps y Carabineros Reales, casi trescientos jinetes, contra los jinetes franceses que llegan con una fuerza similar. Para apoyarles, manda avanzar a los dos batallones del regimiento de Covadonga, y cubre el hueco dejado por los asturianos con los Tercios de Alba de Tormes y Valladolid que se adelantan desde una segunda línea.

Dyer presencia la carga y en su cara comienza a dibujarse una expresión de satisfacción al ver a la caballería española que inicia la carga de la forma casi ritual, ya conocida, primero al paso, luego un corto trote y por fin el galope hacia sus oponentes. Desde el suelo se siente la vibración de tres centenares de caballos que galopan. Es todo un espectáculo. El británico vuelve la cabeza hacia Zayas, sonriendo, y le grita:

-¡Pues que sí, es buena hora!

Para evitar el salto de los muretes de piedra, parte de los jinetes aprovechan el camino que llega a Medina de Rioseco desde Villanueva de San Amancio. Luego se despliegan y con los sables desenvainados atacan, acuchillan a los grupos del Cuarto Ligero que encuentran, arrollan a los Cazadores a Caballo que les acompañan al grito de <<Viva el Rey>>. La infantería ligera francesa termina retrocediendo hacia una torrentera con numerosas bajas. Una compañía del Cuarto ha sido aniquilada en casi su totalidad.

Uno de los testigos es el joven Boniface de Castellane, edecán del general Mouton y futuro mariscal.

<<Una compañía de Voltigeurs del Cuarto Ligero que había avanzado demasiado desplegada en tiradores fue pasada a sable, casi, en su totalidad por los Carabineros Españoles>>.<sup>8</sup>

Entretanto, Cuesta percibe que la masa de soldados de infantería de Mouton se está acercando y presencia cómo comienzan a descender por las colinas. Consciente de su inferioridad numérica manda un oficial al jefe de la 4ª División, mariscal de campo Marqués de Portago, con orden de que baje del páramo. Éste obedece. Cumpliendo la nota de Cuesta, los nueve batallones de la Cuarta División se desplazan rápidamente desde la meseta hasta el llano para situarse delante, a la derecha, del ejército de Castilla. Este ejército se refuerza ahora con casi seis mil hombres y cinco piezas de artillería.<sup>9</sup>

La llegada de esta división ha subido la moral de los reclutas del ejército de Castilla. La marcialidad de aquellas columnas marcando el paso para ocupar su puesto delante de ellos ha transmitido una sensación de confianza en leoneses y castellanos. Los novatos que han presenciado esta derrota de la infantería ligera tiran sus sombreros al aire creyendo decidida la victoria.

¿Qué está pasando? Algo muy grave sucede, en ese momento, en el páramo.

Blake se ha obsesionado con la posición de su flanco derecho pero no se movido para conocer la realidad del hueco que se ha creado en el ala izquierda por el desplazamiento de la 4ª División. Pensaba que estaría cubierto por el ejército de Cuesta. Peor que eso, no se ha desplazado para comprobar sobre el terreno los inconvenientes de ese lugar y no ha comprobado que desde allí no se divisa la masa de color blanco y marrón de los soldados de Castilla. Pero lo malo es el terreno. En ese espacio no hay unas pendientes importantes, no hay bancales, solo unas colinas suaves con pocos muretes, así que se puede ascender al páramo de Valdecuevas sin problemas. Los exploradores franceses han visto el movimiento de la fuerza española y lo comunican a sus jefes.

Es la ocasión. La gran oportunidad. Hay que aprovecharla.

El coronel Pieton del 22º se dirige a ese lugar, frente al hueco, y con su catalejo comprueba los batallones españoles formados en columnas pero sin ninguna protección de caballería o artillería. Además como esta perspectiva es lateral mide la longitud de las columnas y se da cuenta que detrás de la segunda línea solo hay otra poco numerosa. Una carga en ese flanco, si les pilla desprevenidos, será devastadora. Es cierto que los caballos deben galopar cuesta arriba pero ese trayecto parece ser muy corto. Regresa al trote junto al mariscal para informarle.

-Mariscal, en el espacio que hemos visto a primera hora entre las dos masas españolas, hay ahora un hueco con una buena oportunidad para que la caballería pueda llegar a las columnas españolas y cargarlas. No se lo esperan.

-¿Estás seguro?- pregunta Lasalle antes de que el mariscal haga una pregunta.

- En cuarenta segundos llegaremos a las líneas españolas.<sup>10</sup>

-Adelante, cargad. Hay que acabar con esta función lo antes posible- es el visto bueno de Bessières.

A Lasalle le quedan seis escuadrones de caballería, entre ellos la totalidad del 22º Regimiento de Cazadores a Caballo, cuatro ciento cincuenta jinetes que han estado observando el desarrollo de los acontecimientos, seguros de intervenir en el momento preciso. Veteranos de las campañas de Europa, saben que su actuación puede ser la clave y aparecen serenos esperando una orden. Al unirse con los dos escuadrones del 10º, son más de seiscientos jinetes los que pueden subir, y atacar el flanco español. Tantos, como el total de jinetes de los dos ejércitos españoles.

-Ha llegado el momento- se dice Bessières <<aprovechaos bien de vuestra superioridad en caballería>>. La caballería debe inclinar ahora la balanza. Hay que asestar el golpe definitivo.

Lasalle, guarda la pipa lentamente, como concentrándose, espolea su caballo y seguido de Pieton se coloca delante de los seis escuadrones. Todos sus hombres le miran expectantes. Lasalle se vuelve, echa una ojeada a la primera fila con la inquietud, quizás absurda, de no encontrar en ellos la resolución necesaria de subir al galope aquella pendiente. Aquella ojeada es comprendida, porque se le mira esperando la orden. Sin que ésta llegue, se alzan al mismo tiempo todos los sables al aire, brillan allí blandidos con tal energía, que el general contempla en aquellos rostros duros, abrasados por el sol de España, la expresión de la intrepidez y la decisión. El enorme deseo de lanzar el caballo después de varias horas de ardiente inmovilidad. Confían, en repetir lo mismo que en Jena, que en Friedland...

Lasalle se entusiasma, saca, el sable y grita con todas sus fuerzas, levantándose sobre los estribos.

-¡A la carga! ¡Viva el Emperador!

Inicia el trote y en menos de veinte segundos pica las espuelas para llegar al galope. Veinte segundos. Casi está a galope. Treinta segundos. Galopa. Remonta la última colina como una centella y aparecen de repente las columnas españolas con el flanco al descubierto. La gran oportunidad. La oportunidad de oro. No les han visto todavía. El primer batallón que hay ante su vista es una gran mancha de casacas rojas, parecen ingleses, pero no lo son. Lasalle llega con el ímpetu del galope, atraviesa la primera fila y baja su sable, una, dos, varias veces. Ha podido ver, muy fugazmente, la cara de asombro de estos soldados que no habían sentido el temblor del suelo provocado por los cascos de centenares de caballos. La rugiente artillería lo había amortiguado. La masa de caballos, se hunde en los 531 hombres del batallón del Regimiento de Buenos Aires. Estos, soldados, antiguos prisioneros, vestidos con casacas rojas británicas, que a duras penas han superado el trauma del cautiverio en Inglaterra se enfrentan a una nueva adversidad. Reaccionan como pueden, levantan los mosquetes para protegerse de los sables, disparan, gritan. Al penetrar los caballos en esta tercera fila del ejército de Galicia no lo hacen como si fuera un cuchillo que penetra en la mantequilla. Los jinetes acuchillan con los sables, pero no avanzan todo lo que esperaban, la masa de soldados lo impide y además los caballos han galopado cuesta arriba. Algunos soldados del final de la columna emplean sus mosquetes y hacen fuego sobre los jinetes, para dar luego media vuelta y huir. La formación comienza a deshacerse.

El teniente Fernando Narbona dirige su caballo hacia el primer Cazador a Caballo que está más cerca, demasiado ocupado con los soldados que le rodean, y le atraviesa. Estos soldados levantan la cabeza y Narbona cree ver un gesto de alivio. Es muy fugaz, los jinetes franceses atropellan a varios hombres y se dirigen hacia él. Pero la mezcla de caballos y hombres es muy densa y al teniente le da tiempo para girar el caballo y apartarse. Los Cazadores a Caballo que están en las últimas filas no han llegado a contactar con los Blandengues de Buenos Aires, pero la única manera es despegarse de la masa y sablear por detrás. Al lado del Regimiento de Buenos Aires están los dos batallones del de Hibernia que acogen a los Blandengues que huyen para protegerse y se crea un verdadero efecto dominó. Estos dos batallones intactos que giran en la dirección del ataque también disparan. Caen varios jinetes, entre los que se encuentra herido el coronel Vinot, jefe de uno de los escuadrones del 22°. El resultado de la carga es bueno, pero Lasalle es consciente que hay que repetirla. Es necesario deshacer las dos columnas situadas cerca del regimiento que han sableado. Están tan próximas que la densidad humana no favorece el desplazamiento de los caballos. Al retroceder sabe que se formará un claro entre esas unidades, un espacio que será mejor aprovechado para un nuevo ataque. Ordena retirada. El cornetín de los cazadores que ha seguido de cerca al general, da el toque y los jinetes abandonan el páramo para reagruparse.

En la segunda fila del cuarto escuadrón de cazadores del 22° está André Gonneville que, bastante más atrás que su general, no ha tenido ocasiones de utilizar el sable. Los soldados de las casacas rojas se han apartado, por lo que se expone a recibir un disparo desde un flanco. No puede avanzar porque los jinetes de la cabeza levantan y bajan los sables a ambos lados. Intenta girar el caballo hacia un lado. En ese momento el general Lasalle ordena retirada y Gonneville recibe con alivio, pero sin miedo, esa orden. Puede girar el caballo y se dirige hacia el lado opuesto. En la próxima carga buscará un mejor espacio para usar el sable. Esta carga no ha tenido comparación con la que vivió entre la nieve en Eylau donde dejó en el suelo a dos rusos, ni con Friedland en el mes de junio, donde aplastaron de nuevo a las masas rusas. En cambio, en esta maldita tierra española, unos pocos miles de hombres de los dos ejércitos se empeñan en una guerra sucia. Se detiene, da la vuelta y busca un sitio mucho mejor en la segunda carga que se inicia. Esta vez superará a los rusos de Eylau y Friedland. Se prepara para actuar como si fuera un verdugo. No fallará.

El teniente Narbona ha gritado para que los hombres se agrupen.

-¡Conserven la formación!

Es inútil. Solo unos pocos lo hacen. Otros se mezclan con las filas de los dos batallones de Hibernia. Varios se deslizan por detrás para escapar del páramo. El teniente no quiere

mandar a nadie a perseguirles. Desde hace un mes está disgustado porque considera que sus soldados no se han recuperado del cautiverio. Dos años de prisión, desde 1806, después de un viaje de varias semanas en las bodegas de los barcos. Cuando les liberan, los mandan, sin preguntarles, al matadero español en vez de regresar a su tierra. Otra vez a luchar. No han descansado lo suficiente y lo que es peor no han comido lo necesario. Han echado de menos la carne. ¿De qué vale una comida de galletas y frutos secos? Lo peor ha sido el trato. A pesar de las quejas que le comunicó al principio de la marcha al jefe de la división Jado-Cajigal, la moral de sus hombres no ha mejorado. El mismo había querido que la mayor parte volvieran sanos a Buenos Aires, a disfrutar con el enorme Río de la Plata y ahora se encuentra que varios de ellos, no muchos, están muertos. Es su responsabilidad. No volverán a ser como los gauchos que cabalgan por aquellas llanuras, sus llanuras. La rabia le atormenta. ¿Qué hacen en aquella tierra quemada defendiendo los derechos de un rey del que habían conocido su nombre solo hacía unas semanas? Todo es tan absurdo. ¡Malditos godos, malditos godos! – Grita con rencor varias veces- después de las penalidades que hemos pasado venimos a luchar y morir en una tierra que no es nuestra. ¿Por qué? Narbona no sabrá que su general en jefe, Blake, el propio Blake, calificará luego a estos hombres como <<gente floja y poco aguerrida>><sup>11</sup> elevando ese nivel de lo absurdo con el de la injusticia. Buscando, así, un fácil culpable.

¿Cómo podrá salvar la vida a los que permanecen delante de las filas de Hibernia? Los pensamientos y lo que ha sentido solo han durado unos segundos. Los caballos franceses han vuelto a coronar el páramo precedidos por el toque de sus cornetas – ahora no importan que se les oiga - y cargan otra vez sobre ellos. El regimiento de Blandengues ha dejado un espacio en donde solo se ha quedado Narbona con varios hombres. Además del honor, deben defender sus vidas y el teniente es consciente que en esa posición no valen nada, pero no tiene tiempo para buscar una alternativa. Solo son cincuenta, pero esta vez abren fuego con una descarga que se une a la del primer batallón de Hibernia. Todo es inútil, los Cazadores a Caballo franceses se hunden ahora en las primeras filas de este batallón y arrollan de paso como hojas de papel a los Blandengues que están delante. Narbona ha tenido suerte. Han pasado tan rápido a su lado que ningún sable ha podido tocarle. Es la segunda carga infernal.

Entre ambas cargas solo han pasado unos pocos minutos y los jefes de división comienzan a reaccionar.

El conde de Maceda retrocede con su caballo desde la vanguardia al ver el asalto francés y que a su espalda los dos batallones de Hibernia se están desmoronando. Comprueba que sus tres regimientos de línea Zaragoza y, sobretodo, los Granaderos del Ejército pueden ser sableados desde atrás. Las últimas filas de las columnas de estos regimientos han dado la vuelta ante el tumulto que se ha creado a sus espaldas. Ahora carece de importancia el ataque de los



hombres de la brigada de Sabatier sobre el borde del paramo. El jefe de la División de Vanguardia siente que han caído en una trampa al descuidar el flanco izquierdo, pero eso ya no tiene remedio. El desorden puede comunicarse a sus hombres y hay que evitarlo. Si pierden la formación están condenados. Perderán, a su vez, la batalla.

Ordena a los oficiales inmediatos que las unidades mantengan la formación y disparen a los jinetes franceses que se han abierto paso entre los de Hibernia y salen de las filas como demonios rabiosos para sablear a las columnas de Granaderos Provinciales que están al lado. Otros jinetes rodean a un grupo de Hibernia y hacen prisionero a varios oficiales que han levantado los brazos. Así, cae prisionero el teniente coronel Eugenio Mac Croham jefe de uno de los batallones. La misma suerte corre el cirujano Francisco Falcó,<sup>12</sup> que se había quedado en el campo atendiendo los heridos.

Maceda cuenta con pequeño espacio entre sus últimas filas y las más cercanas de la Primera División de Jado-Cagigal, que acude con sus oficiales. Agrupa, como puede, a los regimientos de Zaragoza y a los Granaderos del Ejército.

Hay otro toque de trompeta y los cazadores a caballo abandonan nuevamente el páramo. El hueco que se ha creado en la primera División es enorme y Jado-Cagigal no tiene tiempo de rellenarlo porque llega la tercera carga. Han perdido el aliento.

En la tercera carga los franceses deshacen a los dos batallones de Granaderos Provinciales, pero esta vez el fuego de los regimientos que están detrás, Mondoñedo y Salamanca causan también sus efectos ya que se combinan con los de Zaragoza y Granaderos del Ejército. El teniente José Ramón de la Vega de las Milicias Provinciales de Mondoñedo acaba con la vida del coronel Pieton jefe de uno de los escuadrones del 22º.<sup>13</sup> Bessières acaba de perder un buen amigo. No obstante a pesar de estas bajas, muchos reclutas de los diferentes regimientos hacen un solo disparo ante la llegada de los jinetes y luego huyen mientras los oficiales tratan de impedirlo espada en mano. Otros, ni siquiera eso. Empiezan a correr con los gritos de ¡Salvase quien pueda! y ¡Nos cortan! Varios disparan sobre los oficiales que intentan contenerlos. El teniente coronel Moscoso, como testigo directo, relata esta angustia:

<<... pero el desorden se introduce ya casi al mismo tiempo en toda la línea. Un grandísimo claro que quedó entre la izquierda mandada por Cuesta y el centro y derecha mandados por Blake originan esa desgracia; Su imprevisto ataque por la izquierda del Centro sorprendió no sin algún fundamento al gran número de conscriptos que por primera vez veían el fuego enemigo y habían disparado un fusil. Un cuerpo de Caballería enemigo sube por la izquierda a la meseta; los conscriptos se atropellan sobre los veteranos y les arrastran en su confusión. ¡Qué espectáculo! ¡Qué desesperación! Los Oficiales abandonados casi enteramente

de sus Compañías vagaban por el Campo, espada en mano, sin poder reunir a su aturdida gente; algunos de ellos vimos perecer de los tiros de sus mismos soldados que disparaban sus fusiles al aire y sin más que la casual dirección; todo al fin, era un tumulto al cabo de poco tiempo, y a pesar del valor y firmeza de los Comandantes y oficiales particulares, era ya imposible restablecer el orden y hacerlos volver a sus formaciones. El fuego y el estrépito de todas armas crecía por todas partes y en medio del desorden había llegado a circular>>.<sup>14</sup>

El pánico empieza a adueñarse de algunas unidades cuando los veteranos comprueban que se han abierto demasiados claros. El infernal movimiento de caída de las fichas de dominó sigue su imparable curso en las diferentes unidades.

La cuarta carga coincide con las columnas de Sabatier y Merle que coronan el páramo. Los soldados de las primeras filas retroceden al ver la acción de la caballería en sus espaldas. El ejército de Galicia ha quedado cogido entre dos rodillos y parece que nada puede impedirle de la destrucción. Sin embargo algunos veteranos de la primera fila forman cuadro y responden a esta penetración. Son los Voluntarios de Navarra, el dique que debe intentar una contención. En este primer enfrentamiento en el borde del páramo el general d'Armagnac que, iba al frente de las columnas de su brigada en la división de Merle, cae con el hombro atravesado por una bala. Le sustituye el conde Pac, que rueda por el suelo cuando matan su caballo. Se recupera y encabeza a los batallones desde el borde del páramo. No es fácil avanzar, ya que recibe un bayonetazo, pero el conde sigue adelante profundizando en las filas españolas, a pesar de su herida.<sup>15</sup> En el fragor de este encuentro la figura del conde de Maceda desplazándose con su caballo para agrupar a sus hombres es demasiado tentadora para los voltigeurs. Uno de ellos dispara y el ejército español puede contar con la muerte de Baltasar Pardo de Figueroa, conde de Maceda, primer brigadier español caído en esta guerra.

Blake se ha adelantado también hacia las terceras líneas de su ejército intentando contener con sus oficiales de Estado Mayor, los brigadieres Fabro, Silva y Merich, la desbandada, pero también otro voltigeur lo ha puesto en su mira. Está seguro de no fallar. Apunta y aprieta el gatillo.

---

<sup>1</sup> Los detalles de la batalla han sido tratados en varios libros y documentos. Entre otros se pueden citar, por orden cronológico de su publicación, aunque la edición que figura sea posterior: Maximilien S. Foy (general) *Histoire de la Guerre de la Péninsule sous Napoléon* Baudin Freres París 1827 Tomo III, páginas 308-314; Berthold von Schépeler *Histoire de la Revolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la Guerre qui en resulta* J. Desoer Editeur Liége 1831 Tomo I, páginas. 428- 434; José M<sup>a</sup> Queipo de Llano, Conde de Toreno *Historia del Levantamiento, guerra y revolución en España* Baudry Librería Europea París 1851 Tomo I, páginas 198-200; William Napier *History of the war in the Peninsula and the South of France* Constable London 1992 Volumen I, páginas 105-106; Joaquin Blake y Orbaneja

*Apuntes Históricos sobre las operaciones del Ejército de Galicia desde su organización en junio de 1808 hasta noviembre del mismo año* Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra 1858, páginas 1-51; M.A. Thiers *Historia del Consulado y del Imperio* Montaner y Simón 1879 Tomo 3, página 186; José Gómez de Arce y Moro *Guerra de la Independencia, historia Militar de España, 1808 - 1814* Tomo II Madrid 1901, páginas 279-305; Charles Oman *A History of the Peninsular war* Greenhill Books London 1989 Volumen I, páginas 163-175; André Grasset *La Guerre d'Espagne (1807-1813)* Berger-Levrault París 1932, páginas 42-64; Juan Priego López (Ponente de) *Guerra de la Independencia 1808-1814* vol II Edit. San Martín 1972, páginas 158-180; Ramón Solís *La guerra de la Independencia española* Editorial Noguer Barcelona 1973, páginas 117-119; David Gates *La Ulcera española. Historia de la Guerra de la Independencia* Imp. Grf. Benzal Madrid 1987, páginas 83-86; Julio Albi y Leopoldo Stampa *Campañas de la Caballería Española en el Siglo XIX* Madrid 1985 Tomo I, páginas 200-233; Richard Partridge y Michael Oliver *Battle Studies in the Peninsula May 1808 - January 1809* Constable London 1998, páginas 24-67; Charles Esdaile <<<<La Guerra de la Independencia. Una nueva historia>>>> Crítica Barcelona 2004, páginas 104-107. Entre las publicaciones y documentos específicos de la batalla se encuentran: Miguel Ángel Camino, Juan José Sañudo y Leopoldo Stampa *La batalla de Medina de Rioseco 1808* en la revista *Researching&Dragona* Vol I nº1 enero de 1996. Este mismo estudio se ha publicado más actualizado por los mismos autores en Juan José Sañudo, Leopoldo Stampa y José Luis Arcón *Batallas campales de 1808. Primera campaña de 1808* Ediciones SIMTAC Valencia 2008, páginas 21-53. También es interesante la *Relación anónima de la batalla de Rioseco, facilitada por el Comandante de Estado Mayor Don Joaquín Blake*. ICHM. A.G.I. Legajo nº 4 Carpeta nº 25 documento nº 1 folios 6 y 7 Colección Duque de Bailen, Año 1808. Arsenio García Fuertes ha estudiado la batalla de forma casi exhaustiva en *Leoneses en la Independencia. Astorga y el batallón de Clavijo en la batalla de Medina de Rioseco* Librería Cervantes Astorga 2002, <<<<Moclin, 14 de julio de 1808. Nuevos y viejos datos sobre la batalla de Medina de Rioseco>>>> *Researching&Dragona* Vol. VIII nº 19 abril de 2003 y Vol. VIII nº 21 noviembre de 2003. Gran parte de lo descrito en este capítulo y el siguiente se ha basado en estas últimas cinco investigaciones. La última aportación importante es el libro de Ronald Brighouse, *El ejército francés en la batalla de Rioseco. 14 de Julio de 1808* Diputación de Valladolid Valladolid 2008, 124 páginas. En cuanto a descripciones de la batalla en biografías de los generales que intervinieron se pueden citar a *One of the Officers Sent to the Patriotic Armies by His Majesty's Command* (posiblemente escrita por el entonces teniente coronel William Parker Carrol), *Sketch of the Life and Character of Joaquin Blake* Printed for Ridway nº 170 Opposite Old Bond Street Piccadilly 1808; Nicolás Benavides Moro y José A. Yagüe *El Capitán General Don Joaquín Blake y Joyes. Regente del Reino, fundador del Cuerpo de Estado Mayor* Imprenta y Talleres del Servicio Geográfico del Ejército Madrid 1960, páginas 133-146; François-Guy Hourtoulle *Le général Comte Charles Lasalle* Editions Copernic París 1979, páginas 177-191; André Rabel *Le Maréchal Bessières duc d'Istria* La Librairie des Deux Empires París 2009, páginas 110-115. Queda por añadir lo que escribieron los testigos de la batalla; por parte francesa Castellane, V.E. Conde de *Journal du Maréchal de Castellane (1804-1862)*, T I (1804-1823) Librairie Plon París 1895, páginas 20-27; Jean-Toussaint Trefcon *Carnet de Campagne du colonel Trefcon* A la Librairie des Deux Empires París 2003, páginas 48-53. En el lado español se puede citar lo que describe en solo cuatro páginas el propio Cuesta en *Manifiesto que presenta a la Europa el Capitán General de los Reales Ejércitos D. Gregorio García de la Cuesta* Palma de Mallorca 1811, páginas 8-11. El ayudante de Blake Juan José Moscoso redactó el manuscrito *Memorias para la Campaña de la Yzquierda militar de España desde 1808 a 1812. Escritas por el Primer Ayudante General de Estado mayor don Juan José Moscoso* Archivo del Instituto de Cultura e Historia militar A.G.I. Legajo 4 Carpeta 23 doc. Nº 1 folio 7 Colección Duque de Bailén Año 1808, con detalles directo de la acción, pero lamentablemente este manuscrito no ha sido publicado.

<sup>2</sup> La orden de Bessières para que todo su ejército contemplase el cuerpo de los soldados torturados aparece descrita por su edecán Guillaume de Baudus en *Etudes sur napoleon* Debécourt Librairie-Editeur París 1841 Tomo I, página 107 y siguientes: <<<<No olvidaremos jamás como el 14 de julio de 1808, el ejército del mariscal Bessières yendo a tomar posición sobre las alturas desde donde se lanzó unas horas más tarde para conseguir la victoria de Rioseco desfiló, temblando de cólera, delante de los cuerpos de siete franceses hechos prisioneros en la víspera por los españoles; estos desgraciados horriblemente mutilados respiraban todavía; se les había alineado, en ese estado, sobre el borde de la carretera. Se comprende la rabia que tal espectáculo animó a los camaradas; los oficiales, a pesar de todos los esfuerzos posibles se encontraron en la impotencia de impedir la masacre de una gran parte de los enemigos que cayeron en las manos de los soldados, bien en el campo de batalla o en la villa; porque todavía allí, los disparos de fusil efectuados desde las ventanas por habitante acogieron a los franceses a su entrada y reavivaron esta sed de venganza que la sangre derramada había contribuido a atenuar>>>>. Información facilitada amablemente por Jean-Marc Lafon.

---

<sup>3</sup> Así lo argumenta Juan José Sañudo en <<<<La evolución orgánica militar en la Guerra de la Independencia>>>> Revista de Historia Militar nº 66 1989, págs. 97 a 113, donde se describe que el ejército español adolecía de una orgánica anticuada al principio de la guerra como una de las explicaciones a las derrotas.

<sup>4</sup> Grasset, *La Guerre d'Espagne (1807-1813)*..., página 52

<sup>5</sup> Este pensamiento de Cuesta es el criterio que sugieren Richard Partridge y Michael Oliver en *Battle studies in the Peninsula May 1808-january 1809* Constable London 1998, página 28 y Charles Esdale en David Chandler *Napoleon's Marshals* Macmillan Publishing Company New York 1987, página 72

<sup>6</sup> Grasset, *La Guerre d'Espagne (1807-1813)*..., página 52

<sup>7</sup> Juan Álvarez Guerra *Entrada de los franceses en Rioseco* IHCM Colección Documental <<<<El Fraile>>>> vol. 864, página 93

<sup>8</sup> Castellane, V.E. Conde de *Journal du Maréchal de Castellane (1804-1862)*, T I (1804-1823) Librairie Plon París 1895, página 22

<sup>9</sup> Este movimiento decidirá la suerte de la batalla. Algunos historiadores situaban a la 4ª División desplegada desde el principio en el ejército de Castilla antes de la batalla. Esto no es muy probable porque los franceses hubieran aprovechado entonces el hueco para lanzar su caballería y no esperar. Se ha tomado más en consideración el relato de la batalla del nieto del general Blake, en el que se indica que el cambio se hizo en plena batalla. Joaquín Blake y Orbaneja *Apuntes Históricos sobre las operaciones del Ejército de Galicia desde su organización en junio de 1808 hasta noviembre del mismo año* Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra 1858, página 14. La misma opinión comparte A. García Fuertes Arsenio García Fuertes <<<<Moclín, 14 de julio de 1808. Nuevos y viejos datos sobre la batalla de Medina de Rioseco>>>> Researching&Dragona Vol. VIII nº 21 noviembre de 2003, página 75 y Ronald Brighthouse *El ejército francés en la batalla de Rioseco. 14 de Julio de 1808* Diputación de Valladolid Valladolid 2008, página 78. En este caso Cuesta lo solicita a Blake. Nuestra opinión es que la División dependía de Cuesta desde el comienzo y solo la utiliza cuando es consciente de su inferioridad numérica frente a Mouton.

<sup>10</sup> Comprobado y medido *in situ* por el coronel Juan José Sañudo. Ver Juan José Sañudo, Leopoldo Stampa y José Luis Arcón *Batallas campales de 1808. Primera campaña de 1808* Ediciones SIMTAC Valencia 2008, página 52

<sup>11</sup> Benavides Moro, Nicolás y Yagüe, José A. *El Capitán General Don Joaquín Blake y Joyes. Regente del Reino, fundador del Cuerpo de Estado Mayor* Imprenta y Talleres del Servicio Geográfico del Ejército Madrid 1960, página 137

<sup>12</sup> Gómez de Arce y Moro, José *Guerra de la Independencia, historia Militar de España, 1808 - 1814* Tomo II Madrid 1901. Apéndice nº 8 *Noticia de los muertos heridos, contusos... en las alturas de Rioseco*, página 669

<sup>13</sup> Sañudo, Stampa y Arcón *Batallas campales de 1808*. 59. En estas cargas los cazadores debieron de tener bastantes bajas. El ayudante de Blake Juan José Moscoso cuenta en el manuscrito *Memorias para la Campaña de la Yzquierda militar de España desde 1808 a 1812. Escritas por el Primer Ayudante General de Estado mayor don Juan José Moscoso* Archivo del Instituto de Cultura e Historia militar A.G.I. Legajo 4 Carpeta 23 doc. Nº 1 folio 7 Colección Duque de Bailén, Año 1808, que <<<<La parte de la caballería enemiga que subió a la altura por la izquierda quedó a pesar de esto casi toda tendida sobre el campo>>>>, página 11. Posiblemente es una exageración, pero da una idea de las pérdidas que debieron de sufrir los escuadrones de cazadores.

<sup>14</sup> Moscoso, páginas. 10 y 11

<sup>15</sup> L. de Raillcourt <<<<Le general comte Pac (1778-1835)>>>> Revue de l'Armée 1961 nº2, página 60